

IRENE

El pasado verano se cumplieron 10 años desde que conocí a Irene. Llevaba menos de un año con mi empresa de jardinería tratando de ganarme la vida con lo que siempre me había gustado. Recibí una llamada de una mujer que necesitaba que le cortara el césped y tomé nota para ir a Navalafuente.

Siempre me había gustado ese pueblo. Aunque yo no era de allí solía ir muy a menudo con la bici de montaña a recorrer las pistas y senderos de la zona, unas veces pasando por Miraflores y Bustarviejo, otras yendo hacia Cabanillas y Valdemanco, pero casi siempre acabando en Navalafuente y comiendo tranquilamente en alguno de los bares del pueblo. El entorno era inmejorable, rodeado de naturaleza por todas partes, haciendo rutas más cortas o más largas dependiendo de cómo se presentara el día, parando a descansar a la sombra de algún roble o encina y volviendo a casa con esa buena sensación de haber tenido un día completo.

Aquella mañana de sábado de julio de 2011 preparé todo lo necesario para una jornada de trabajo. Cargué mi furgoneta recién comprada con la maquinaria de jardinería necesaria para que todo quedara perfecto y me puse en camino hacia Navalafuente. Cuando llegué al número 9 de la calle me encontré con una bonita casa rodeada de arbustos bien recortados alrededor del terreno que la bordeaba.

Antes de que pudiera ver nada más una voz me dijo que pasara, la puerta estaba abierta. Cuando entré, una joven de unos 25 años me recibió con una sonrisa. Me preguntó, sin esperar respuesta, si era el jardinero. Me dijo que me protegiera bien porque iba a ser un día de mucho calor, que estaba siendo uno de los veranos más calurosos que recordaba desde que tenían la casa en Navalafuente. Estaba descalza y llevaba un pequeño sombrero de paja con un lazo rojo, camiseta y pantalones cortos. Parecía que hubiese estado leyendo a la sombra de algún árbol o de alguna sombrilla, pero por más que miré alrededor no encontré rastro de su lugar de lectura, ni toalla ni tumbona.

Me dijo que se llamaba Irene. Su nombre la definía perfectamente porque transmitía una paz que lo envolvía todo. Me preguntó si vivía en Navalafuente y le dije que no, pero que estaría encantado si tuviera clientes por la zona. Me comentó que allí había muchas parcelas con césped y que seguro que tendría más gente dispuesta a contratarme porque allí lo que funcionaba era el boca a boca.

Me di cuenta de que si no me ponía pronto a trabajar me quedaría hablando con ella toda la mañana, así que le dije que iba a la furgoneta a coger el cortacésped para empezar. Bebí un buen trago de agua para refrescarme y

volví con la máquina preparada, pero Irene había desaparecido. Miré a un lado y a otro pero no la vi, así que supuse que había entrado en la casa a decir a sus padres que ya había llegado. En ese momento abrió la puerta de la casa una mujer de unos 60 años que se sorprendió al verme. Sin duda era la mujer con la que había hablado por teléfono dos días antes. Rápidamente cambió el gesto de sorpresa por una sonrisa que la iluminó la cara. Era la misma sonrisa de Irene. Me dijo que no me había oído entrar y que me tomara con tranquilidad el trabajo porque hacía mucho calor, que cualquier cosa que necesitara no tenía más que pedirlo.

Yo sólo pensaba en el momento de volver a ver a Irene. Cada vez que daba una vuelta con el cortacésped miraba por todas partes para tratar de localizarla, pero no se la veía por ningún sitio. Tenía que dejarlo todo perfecto. Era la primera vez que iba a esa casa y no me podía permitir perder ningún cliente, pero sobre todo, no me podía permitir no volver a ver a Irene. Corté el césped, quité algunas malas hierbas y recorté los bordes para que quedara perfecto.

Cuando acabé apareció de nuevo la señora, que me invitó a pasar dentro a tomarme un refresco. Por supuesto me negué, no me gustaba aprovecharme de la generosidad de la gente. Además llevaba la camiseta empapada y no tenía demasiada sed, ya que había bebido mucha agua de la botella que siempre llevaba conmigo. Pero ella insistió, así que finalmente no tuve más remedio que aceptar.

Cuando entré me encontré con una casa decorada con sencillez pero muy acogedora. Las persianas bastante bajas daban una sensación de frescor a la estancia. Encima de los muebles había numerosas fotografías de Irene, unas veces sola y otras veces con ella. Me ofreció una limonada que acababa de hacer y que con el hielo y las rodajas de limón tenía un aspecto irresistible. Me llenó el vaso y no puede evitar pedirle que si no era molestia me lo llenara de nuevo. Ella sonrió encantada de hacerme un poco más llevadero el duro día de trabajo.

Le dije que tenía una hija encantadora, que tenían la misma sonrisa. Ella me lo agradeció y me dijo que efectivamente todo el mundo se lo había dicho siempre, pero que su hija Irene había fallecido en un accidente de tráfico tres años antes.

Rodrigo Urueña